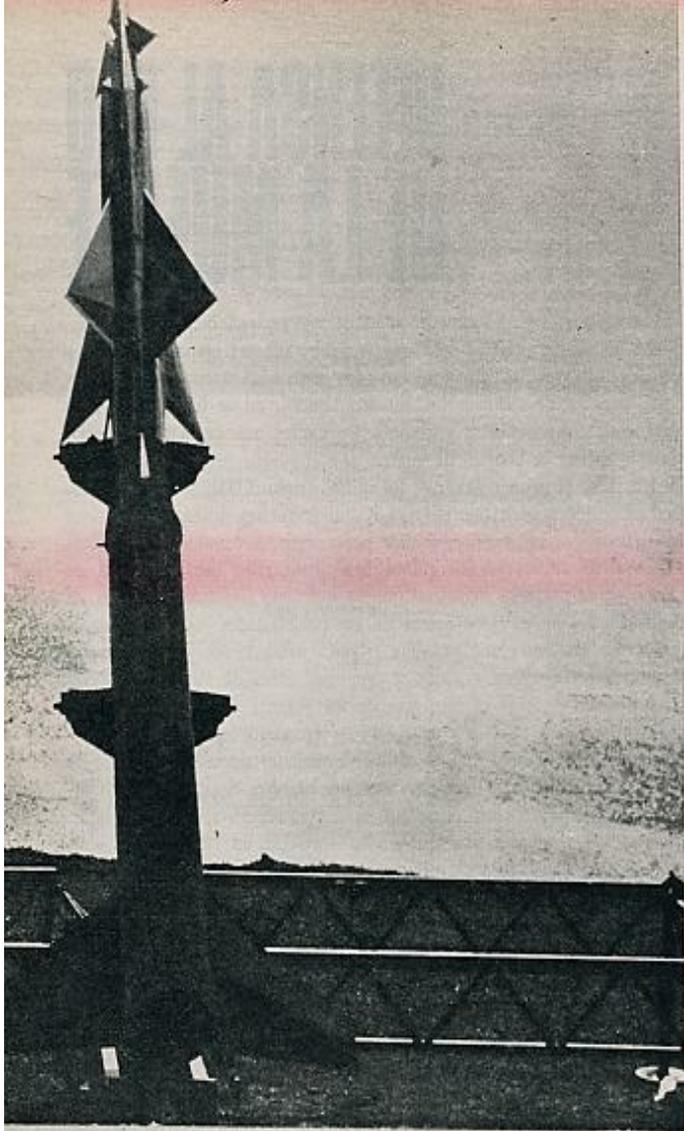


debate  
en  
el  
congreso

# DEFENSA AL FILO DE LA MUERTE

Los submarinos atómicos, de los que el Nautilus fue el primero, con su armamento nuclear y los «missiles» antiproyectiles tipo «Nike», de combustible sólido, son dos importantes puntales de la estrategia militar del Pentágono. Las baterías de «Nike» se alzan vigilantes a lo largo de las costas norteamericanas, junto a zonas superpobladas e industrias vitales.





## Por JUAN ALDEBARAN

**E**N los primeros días de enero, cuando hayan pasado las fiestas —lo que los franceses llaman "la trêve des confiseurs"— el Congreso de los Estados Unidos va a abordar un tema cuyo debate se extenderá probablemente a todos los órganos de expresión del país y cuyas consecuencias serán considerables para el futuro del mundo. Es posible que este debate llegue a poner fin a una polémica que dura ya desde hace años y que se centra en una cuestión estratégica. Se trata de saber de qué manera va a enfocarse la defensa de los Estados Unidos. La diferencia de opiniones se establece entre el secretario de Defensa, McNamara, de una parte, y el Estado Mayor conjunto («Joint Chiefs of Staff») por otro. Para McNamara, la mejor defensa es el ataque. Para la JCS la verdadera defensa consiste en el establecimiento de una red protectora de «misiles-antimisiles» que corten el vuelo a cualquier posible ataque del territorio. Es una defensa cara y complicada, dice McNamara; no ofrece tampoco condiciones absolutas de seguridad: la verdadera defensa de los Estados Unidos, añade, consiste en destruir inmediatamente, en caso de guerra, todas las bases enemigas en tierra, de forma que sus proyectiles atómicos no llegasen a tocar el suelo americano. Cabría una sorpresa, un ataque inesperado: los proyectiles que se disparasen en ese primer ataque serían los únicos en dañar la nación, puesto que las bases de lanzamiento quedarían destruidas instantáneamente después. Para asegurar esa represalia McNamara mantiene continuamente en vuelo, desde hace años, sus bombarderos gigantes, que se relevan día y noche, con bombas atómicas a bordo —uno de los que cayó en Palomares podía pertenecer a ese servicio— de forma que aun en un ataque por sorpresa los Estados Unidos podrían siempre mantener utilizables una fuerza de represalia. Los submarinos armados con proyectiles «Polaris» y en inmersión casi perpetua representan una variante de ese tipo de bases móviles que forman lo que McNamara considera el sistema defensivo.

Una serie de hechos recientes parecen fortalecer la tesis de los militares partidarios de la red de defensa, basada en «misiles-antimisiles» del tipo «Nike X». Uno de ellos es la irrupción de China en el mundo ató-

SIGUE

Dame  
VETERANO  
dame

Eso te  
voy a  
dar!



Por

eso

con

VETERANO

me

quedo



## DEFENSA AL FILO DE LA MUERTE

mico. El cohete con el que ha experimentado su más reciente bomba atómica es, al parecer, de medio alcance; pero una vez superada esa etapa, su acceso a los vectores nucleares (se llaman vectores los medios de transporte de armas atómicas), capaces de alcanzar los Estados Unidos, no se hará esperar. Es probablemente una insensatez atribuir a los chinos una capacidad especial para la fabricación de cohetes de guerra, por el simple hecho de que en la antigüedad fuese el primer país que los utilizó (siglo XIII), porque aquellos curiosos tubos rellenos de una pólvora rudimentaria no tienen relación real con los actuales «missiles» propulsados por novísimos combustibles sólidos. Pero sí es indiscutible que los chinos han demostrado una capacidad de aceleración en su progreso industrial que ha quemado rápidamente todos los pronósticos, todos los cálculos acerca de sus posibilidades militares. Se supuso, primero, que sería una potencia atómica hacia 1980; posteriormente, se rebajó la cifra a 1975, y ahora se cree que antes de 1970 sus cohetes balísticos podrán alcanzar el territorio de los Estados Unidos con bombas atómicas en su cabeza. La idea de Kennan (verdadero creador de la «doctrina Truman» de «contención» y antiguo embajador en la URSS) de que la polémica ruso-china, en lugar de servir los intereses de los Estados Unidos, multiplicaba por dos sus enemigos, tiene una segura aplicación militar. La organización de defensa de McNamara —aviones en vuelo eterno, submarinos con «Polaris», respuesta inmediata— está calculada ahora exclusivamente para la URSS: sus efectivos, sus gastos, sus planes estratégicos, tendrían que multiplicarse ahora para hacer frente simultáneamente a la amenaza china. Más lógico es, piensan los militares de la JCS, crear un sistema de defensa de área que cubriese todo el país de cualquier ataque. Los jefes de Estado Mayor calculan, sin duda, que en el futuro, estos ene-



McNamara: «La mejor defensa a un ataque atómico consiste en atacar primero».



Estos hombres componen el Estado Mayor Conjunto de los Estados Unidos. De izquierda a derecha, el general John P. McConnell, almirante David L. McDonald, general Earl G. Wheeler, general Harold K. Johnson y general Wallace M. Greene, Jr. El E. M. C. opina que la defensa atómica debe hacerse por medio de cohetes.

migos atómicos en potencia pueden multiplicarse. Hay por lo menos cuatro países en condiciones de fabricar la bomba inmediatamente: India, Canadá, Japón y Alemania del Oeste. Otros cuatro países pueden tenerla hacia 1970: Israel, Suecia, Bélgica, Italia. En 1975 estarán en condiciones de fabricarla, Suiza, Holanda, Checoslovaquia, África del Sur, España, Australia y Alemania del Este y Egipto. Y para 1980, la bomba «A», estará al alcance de todos los países... Los esfuerzos diplomáticos y políticos para evitar la proliferación del arma atómica se han revelado, hasta ahora, inútiles. Estos hechos aconsejan, aparentemente, la creación de una defensa eficaz. La URSS lo está haciendo así. Esta es la última novedad en las informaciones militares: la URSS pasa del sistema de «defensa de punto» al de «defensa de área» (TRIUNFO, núm. 236, «Panorama internacional»). Esta decisión soviética ha ayudado mucho a los partidarios de la defensa de área en los Estados Unidos.

En cuanto a los congresistas, que se preocupan por el tema y que van a debatirlo desde enero, la cuestión principal que van a elevar ante McNamara es de un orden que podríamos llamar más humano. Se trata de saber cuántas víctimas civiles, cuántas destrucciones podrían evitarse en el país con un sistema de defensa de área que no fuesen evitadas por el de la represalia inmediata. Una primera lluvia de cohetes sería inevitable; en el mejor de los casos, en el caso de que McNamara hiciera funcionar a la perfección, y todas las bases enemigas fuesen destruidas instantáneamente después, no habría una segunda lluvia. Pero, ¿cuánto costaría esa primera lluvia? J. Wiesner, decano de la Facultad de Ciencias del Instituto de Tecnología de Massachusetts, antiguo consejero del Presidente Kennedy, tiene una respuesta estudiada en conjunto con el «Comité Gaither»: el primer ataque costaría un centenar de millones de muertos. Aproximadamente, la mitad de la población de los Estados Unidos. Si las represalias de McNamara fallasen, si el enemigo en potencia tuviera la posibilidad de hacer caer sobre el país una segunda, una tercera lluvia de proyectiles atómicos, sería la desaparición entera del país.

Pero tras la larga obstinación de McNamara parece ocultarse un hecho enormemente grave: no se ha descubierto aún un sistema eficaz de defensa contra las modernas armas atómicas transportadas por «misiles». El alcance

del tratado entre la URSS y los Estados Unidos, anunciado la semana pasada, por el cual se prohíbe la actividad atómica en el espacio, trata de evitar por ambas partes uno de los peligros más claros en la posible guerra atómica: que las bombas caigan desde el cielo, desde satélites, burlando todas las defensas de radar, todos los sistemas de alerta conocidos. Aún con esa prohibición, el arma ideal de defensa, el cohete capaz de destruir en el aire a otro cohete, no se ha fabricado aún. En Estados Unidos se desconfía mucho de la aserción de Malinowski, en el aniversario de la Revolución de octubre, según la cual la URSS tiene ya ese tipo de proyectiles. Y se desconfía porque los Estados Unidos no los tienen. Ningún refugio antiatómico de los ensayados hasta ahora es eficaz; y aun así parece imposible construir refugios suficientes para albergar las poblaciones, las industrias de los grandes países. No se ha descubierto nada eficaz contra las radiaciones. Una junta de científicos, reunida por la «Rand» para calcular las fechas futuras de los grandes inventos (más detalles sobre la «Rand» en TRIUNFO, número 236), ha respondido «jamás» a la pregunta: «¿Cuándo se descubrirá un medio para combatir los efectos de las radiaciones atómicas?».

Frente a esta trágica realidad, queda en pie la doctrina del general De Gaulle: la disuasión. Es decir, la constitución de un arsenal atómico y de un sistema de proyección de ese arsenal, capaz de disuadir a cualquier enemigo de atacar. Elevado a la millonésima potencia, es la pretensión de McNamara. La otra solución es el desarme. De Gaulle ha vuelto a plantear ante Kossygin, en sus conversaciones de la semana pasada, la idea maestra de su política: la destrucción total del arsenal atómico del mundo. Probablemente, sabe que esto es ya imposible. Si no se comienza con un desarme moral. Es decir, con una «desescalada» en los argumentos semánticos que oponen medio mundo a otro medio. A este desarme estamos asistiendo por lo menos desde 1962, pero los progresos realizados en cuatro años han sido muy escasos, muy limitados.

A grandes rasgos, éstas son las líneas del próximo debate del Congreso en los Estados Unidos. Es muy posible suponer que McNamara, que goza del apoyo de Johnson —hay quien dice que es Johnson quien está sostenido por McNamara— sostendrá sus puntos de vista.

J. A.

(Fotos: ARCHIVO)